

nes, el resplandor del sol, la claridad de la luna, la hermosura de las estrellas: el sol la viste, la luna la calza, las estrellas la coronan.

Quisiera, Virgen amorosísima, Madre adorabilísima, quisiera tener en mis manos el harpa de los alados serafines para alabarte; quisiera tener una pluma teñida en los arreboles de tu gloria para cantar tu hermosura, tu grandeza, tu perfección, tus maravillas; pero de todo carezco, acompañándome sólo, oh Reina celestial, el harpa y la pluma de una voluntad que os ama. . . . ¡Haced que algún día os ame y os vea y abraze en las mansiones eternas!



CAPITULO II

Consecuencia de esas prerrogativas.

Poderosa intercesión de la Virgen.

Quedan enumeradas y estudiadas, si bien con la brevedad proporcionada á nuestro plan, las más gloriosas y magníficas prerrogativas que posee la Madre del Dios humanado: divina Maternidad, Plenitud de gracia, inmaculada Concepción, Exención de culpa actual, Viginidad, Asunción, Coronación, Hermosura incomparable.

Criatura revestida de tan excelentes cualidades, tan noble y tan refulgente, por fuerza ha de gozar de influjo poderoso en presencia del Señor.

Escandalízanse los protestantes al per-

cibir la voz *intercesión*, aplicada á una pura criatura, á un ángel ó santo ó sacerdote, etc., juzgando que no hay más intercesor ó mediador entre el cielo y la tierra, entre el ser infinito y el finito, entre Dios y el hombre, que Jesucristo, Redentor del humano linaje. Poner intercesión en María ó en cualquier otro objeto, que no sea el Hijo del Altísimo, es derogar, en parte al menos, la dignidad de Aquel, á quien San Pablo apellidó mediador único: *unus est mediator Dei et hominum homo Jesus Christus*.

Si estuvieran en el mismo orden la mediación de Jesús y la de otros, todavía fuera dispensable la extrañeza de los herejes, y sus escrúpulos encontrarían eco en los inteligentes; pero no, esas mediaciones hállanse en grados distintísimos; lo cual si ignoran ellos, indican ser ignorantes de primera clase con octava solemnísima; y si no ignorándolo, se atreven á propalar la doctrina opuesta al

dogma católico, entonces manifiestan refinada soberbia y gran extravío de sus facultades morales.

Entre clavel y rosa. . . .

Es, pues, de saber, que Jesucristo es el único *perfecto* mediador por cuanto él reconcilió la humanidad con Dios, debido á su pasión y muerte dolorosa, satisfaciendo copiosa y sobreabundantemente por los pecados de todo el mundo, mereciendo para todos las gracias suficientes para alcanzar la eterna salud, abriendo las puertas sobrenaturales selladas por la acción prevaricadora del primer hombre.

Supuesta la anterior mediación *perfectísima* del Salvador, no hay motivos para negar que otros se denominen y sean mediadores en cuanto que «cooperan, *dispositiva* ó *ministerialmente*, á la unión de los hombres con Dios» (*).

P. 3. , C. 26, artic. 1.

Lo fueron, en este concepto, los profetas y sacerdotes de la Antigua Ley; lo son en la nueva los sacerdotes; lo son los ángeles, y lo son asimismo los santos.

Las más notables diferencias entre Jesús y otros mediadores, son:

Jesús es mediador *primario*, que no presupone á ningún otro; es *universal*, que redimió á todos, inclusa la Virgen; es de virtud *infinita é imparticipada*, por razón de la divina Persona, á quien la naturaleza humana se unió hipostáticamente, y las acciones son del supuesto como de principio próximo; es *necesario*, de suerte que sin él nadie logrará subir á Dios y poseer la diadema de la gloria perdurable.

Los demás mediadores son *secundarios*, *parciales*, de *finita y participada* virtud, sólo *útiles*. Y por serlo de este modo, lejos de atenuar ó desvirtuar ó derogar ú obscurecer la soberana excelen-

cia de Jesús, por el contrario, la agrandan, enaltecen, brillantan, clarifican.

¿Por qué? Por aquello de *bonum est diffusivum sui*: el bien es de suyo comunicativo; de donde, así como la virtud de Dios recibe lustre en el orden natural, porque permite á unos seres influir en otros; así la virtud soberana de Jesucristo resplandece más, haciendo á otros partícipes de los honores de su intermediación.

INTERCESIÓN ESPECIAL DE MARÍA.—Por ley general y ordinaria, los santos, que más se aproximan á Dios, merced á la más encumbrada perfección de su espíritu, poseen mayor fuerza y eficacia ante el trono resplandeciente del Excelso. Y pues María es la criatura que más de cerca se unió á Dios, conforme lo predicho en su lugar, puede ya el piadoso lector suponer la alteza de su intercesión y de su influjo.

Para escribir mucho en pocas líneas,

sinetizamos así nuestro pensamiento: la intercesión de la Virgen excede á la de los santos por razón de su *título*, de su *eficacia*, de su *universalidad*.

TÍTULO.—Es el ser Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo, madre nuestra.

¡Qué títulos tan hermosos, tan elevados, tan divinos! . . . Son incomparables.

Los ángeles dirán á Dios: Señor, somos semejantes á tí mismo, que nos criaste puros espíritus, dotados de entendimiento y libertad como tú y exentos de materia corruptible; y nunca fuimos, además, esclavizados por la culpa, antes día y noche entonamos á tí himnos de alabanza. Oid, pues, te suplicamos, nuestras plegarias.

Los santos dirán: Aunque no puros espíritus, ni exentos de culpa, te sirvió nuestra alma en la tierra desde la cárcel del pesado cuerpo. Recibe, por tanto, Señor, el incienso de nuestras oraciones, y otor-

ga á los tristes mortales la gracia que solicitamos para ellos.

Se dirige á Dios María y le habla: Señor: Fuí escogida para Madre de tu Unigénito; en mis entrañas reposó nueve meses su humanidad; á mis pechos le amamanté; le acompañé á Egipto en el silencio de la noche, le acompañé hasta . . . la cruz.—Soy también madre de todos los hombres merced á aquel *fiat*, al consentimiento dado por mí en nombre de la humanidad entera, y por voluntad de Jesús, Hijo tuyo é Hijo mío, que lo decretó antes de espirar en el árbol de la cruz levantada en la cumbre del Calvario. Concede, pues, Dios mío, la misericordia que te pido.

Como se ve, el título de los ángeles y santos, para fundar sus peticiones, es el de servidumbre, ante todo; el de la virgen es el de su divina maternidad, y por añadidura, de su maternidad humana.

EFICACIA. — ¿Qué negará ó rehusará

Dios Padre á María, que se presenta con el dictado de Madre del mismo Dios y también de madre nuestra?

¡Dios y hombre extremos, que deben engarzarse: María, anillo intermediario, Madre de aquel Dios y de aquel hombre! ¿Qué no alcanzará élla? ¿Quién obrará la unión, si María no la realiza?

¿Y qué rehusará otorgarle Dios-Hijo? . . . ¿Y qué Dios-Espíritu Santo, Esposo de Nuestra celestial Señora?

¡Ay de aquél, á quien no se donare la gracia suplicada por la sacratísima y serenísima Virgen! . . .

UNIVERSALIDAD.—Los Santos poseen influjo particular respecto de algunas necesidades humanas, en orden á ésta ó la otra materia. Santo Tomás de Aquino, v. gr., tiene especial poder para conseguirnos por su cingulo la virtud de la pureza, y así de todos los otros santos. Empero, la Reina del cielo es poderosa para alcanzar del Señor cualquier vir-

tud que se le pida, y remediar todas nuestras necesidades, y ayudarnos en todo género de peligros. Por eso es denominada: *Omnipotencia suplicante*, en atención á que su intercesión es universalísima y á la vez efficacísima.

Dios es Omnipotencia *esencial*, la humanidad de Cristo Omnipotencia *instrumental-primaria*, la Virgen Omnipotencia *instrumental-secundaria*.

Bellamente habló San Anselmo, dirigiéndose á la Virgen: «Soy tan gran pecador, que no lo contiene peor el mundo. Por eso busco un ayudador tal, cual no puede hallarlo el mundo, ni más poderoso ni mejor después de tu Hijo. Tiene el orbe apóstoles, patriarcas, profetas, mártires, confesores, vírgenes, buenos y óptimos ayudadores, á quienes yo deseo orar humilde. Pero tú, Señora, eres mejor y más excelsa que todos estos intercesores, porque á ellos y á los otros santos, y también á los ángeles y á los

reyes y poderosos del mundo, á ricos, pobres, siervos, grandes y pequeños dominas tú, y lo que juntamente contigo pueden todos los enunciados, lo puedes tú sola sin todos los mismos. ¿Por qué lo puedes? Porque eres Madre de nuestro Salvador, Esposa de Dios, Reina del cielo y de la tierra y de todos los elementos. A tí, pues, busco, á tí acudo, y á tí pido reverente que por todo me ayudes. Callando tú, ninguno orará, ninguno me favorecerá. Orando tú, todos orarán, todos me favorecerán.»

¿Nos vienen por María todas las gracias celestiales, ó todas pasan por su mano?—Planteó la cuestión con tan gran claridad el doctor de la Iglesia San Alfonso María de Ligorio, y le dió solución afirmativa.

En sus *glorias de María* consagra un largo capítulo (el quinto) á esclarecer el problema y persuadir que el Señor constituyó á la Virgen verdadero canal por

el que corre á la humanidad entera el río de la bondad divina, de la luz y de la perfección. Atesoró el Santo en el mencionado lugar el sentir de los más insignes doctores y escritores de la Iglesia, á fin de llevar la convicción y persuasión á las inteligencias y corazones de todos. Si al lector pluguiere, recorra, siquiera ligeramente, el capítulo citado del preclaro Doctor, donde holgadamente contemplará reunidas las sentencias luminosas, que brotaron de la pluma de los profundos sabios católicos.

A nosotros basta recordar la máxima de San Antonino, Arzobispo de Florencia: «el que pide y quiere alcanzar las gracias sin María, pretende volar sin alas.» Y la de San Bernardo: «En vano rogaría á los otros santos aquél á quien no ayudare María.» Por último, renúvese la memoria del testimonio, sobremanera notable, de San Anselmo, cuyo parecer queda transcrito en las postri-

meras líneas anteriores á la cuestión, que ahora habemos propuesto.

Si la autoridad se muestra favorable á la sentencia defendida por San Ligorio, no parece serlo menos la luz de la razón y de la filosofía. Porque principio excelsísimo es que Dios gobierna los seres inferiores por medio de los superiores. ¡Soberana verdad que ensalza mejor que el harpa de los serafines las magnificencias del Altísimo!

En el orden de la naturaleza no admite duda el susodicho axioma. La variedad y unidad, combinadas graciosamente, forman el eje de la creación toda. Por la variedad, nunca la yedra, v. gr., igualará á la encina á quien ciñe con sus frágiles anillos; nunca el musgo asido á los húmedos costados de la roca igualará al brillante pájaro, cuyo nido tapiza; nunca la yerba pisada por el pastor igualará á la azucena, que desafiaba la púrpura de Tirio y Salomón. Por la unidad, encuén-

transe los variadísimos objetos naturales sometidos al continuo compás trazado por la mente divina y ejecutado puntualmente por las obedientes causas segundas del modo enunciado, á saber: impelidos los inferiores por los más altos y perfectos. Tanto es verdad, que los antiguos, ignorando la misteriosa ley de la universal gravitación, subían por la escala de los seres hasta llegar al primer cielo, á quien, según ellos, movían los ángeles, etc.

Pues ¿por qué no habemos de admitir parecida é idéntica ley en la esfera sobrenatural y de la gracia? El mundo visible es como espejo en que se reflejan los resplandores del inteligible; el orbe de los cuerpos es reverbero del de los espíritus.

Ascendamos, pues, por la escala mística del mundo sobrenatural, y llegaremos hasta el trono del Omnipotente, y podremos admirar el sublime concierto

de la economía divina en el gobierno del orbe suprasensible.

¿Que cuál es dicho concierto? El subsiguiente: de la divinidad, océano infinito, manantial fecundísimo de toda perfección, brota el torrente de las celestes bondades y se deposita en la humanidad de Jesús, de Jesús se traslada á la Virgen, de la Virgen se comunica al mundo de los purísimos espíritus y de los espíritus humanos, siempre en consonancia con las sacratísimas y santísimas predeterminaciones del Señor.

¿Luego, al interceder el hombre á los santos, deberán éstos acudir á la intercesión de María? Natural, dado que Dios haya querido que todas las gracias se transmitieran ó pasaran por la Virgen. Nos hallamos en presencia del antiguo axioma: puesto *algo*, se sigue *algo*, — *posito quolibet, sequitur quodlibet*. Que en más claros términos significa: dado el princi-

pio, forzosamente habrá de seguirse el principiado.

Para remate de este número, consagrado á indicar la mediación de María entre Dios y el hombre, transcribiré la memorable advertencia de San Ligorio: «cuando alguna sentencia es de algún modo honrosa á la Santísima Virgen, tiene algún fundamento, y no repugna ni á la fe, ni á los decretos de la Iglesia, ni á la verdad: el no tenerla, y el contradecirla, porque la contraria puede también ser verdadera, denota poca devoción á la Madre de Dios» (*). Es digna asimismo de meditarla la conclusión de toda la obra citada: «Yo estaré siempre contento de haberla tenido y predicado (*la opinión de referencia*), sino por otra razón, al menos porque esta (*sentencia*) me inflama en la devoción de María, y la contraria me enfría, lo cual no parece poco daño» (**).

(*) *Glorias de María, cap. V.*

(**) *Ibid; Sucinta respuesta á un anónimo.*